

Marta Brunet

¡Esa mente tan clara, tan limpia y aguda, paralizada de pronto, en medio del discurso destinado a contar, con ese amor suyo de campesina por el terruño, la aventura intelectual de "Los Diez"!

Si nos hubieran dicho que se detuvo su corazón, cansado de la larga vigilia, abrumado por los dolores y angustias de tantas historias secretas hechas vida y carne en sus libros...

Hablaba, informa la noticia, con brillo, con esa limpiada prosa que fluía de sus labios en contenido torrente, armoniosa, construída palabra a palabra y frase a frase, pues la costumbre de dictar a que la obligaba su casti ceguera, le dio una disciplina de la improvisación en que el orden y la lucidez del discurso reemplazaban el largo trabajo de las cuartillas emborronadas.

La recibían en la Academia de Uruguay. En ese instante, su vida se interrumpió, como una coronación. No se la podía imaginar enferma, extraviada en la senectud, desposeída por la vejez de todas esas admirables condiciones que hicieron de ella una de las más grandes escritoras de América. Los honores, que no turbaron en absoluto su madura serenidad, debían acompañarla hasta el fin. Y no debió experimentar angustia en el instante de su muerte quien tenía tan alta conciencia de la vida.

Dejemos a los especialistas la tarea de juzgar, en el detalle y en el conjunto, la obra con que enriqueció a las letras chilenas. Nadie dudará, está claro, de la importancia de su testimonio y del significado de su presencia en la literatura nacional. Nacida en el corazón del criollismo, supo dar al relato de la tierra una dimensión desconocida antes de ella: la humanidad encarnada en esos personajes solitarios y, muchas veces, terribles, que exceden el habitual pintoresquismo y revelan un conocimiento de almas, una capacidad de pesar lo recóndito en el corazón del hombre, que asombró, no sin razón, a cuantos leyeron sus primeros libros. Esta muchacha "alta, blanca, derecha, lozana, de los grandes ojos celestes un poco velados por la miopía", trajo de su provincia un mundo nuevo y negado antes a la mujer. Ella, en sus cuadernos de colegiala, repletos de letras desordenadas y firmes, acarrea a la literatura de sus años una visión dolorosa y profunda, en la que era posible admirar —con equivalente asombro— la sutileza en el estudio de almas y la perfección de un estilo rotundo, depurado, sobrio y exacto. Doble prodigio, el del lenguaje, empleado con precisa nobleza, y de la sabiduría que era capaz de abrir ante sus ojos de provinciana el universo de los corazones.

Creó personajes de carne y hueso, vivos y apasionados, marcados por la soledad. Este era uno de sus signos —la soledad—, paradójico en ella, tan rodeada de gentes y tan generosa de su propia persona. Tal vez el misterio de su obra reside en esta doble perspectiva, en esta capacidad de penetrar el secreto interior y de llegar al extremo recóndito en que el ser es uno e incommunicable y en esta permanente entrega que hacía de ella una amiga fraterna, una mano tendida con amor comprensivo y paciente.

Las nuevas generaciones literarias le deben mucho, no sólo por el ejemplo de su vida creadora. Nunca pretendió formar escuelas, ni constituir séquitos. Respetó, con admirable prudencia, el hacer de los demás. Supo entender, reconocer. Y sobre todo eso alentó, abrió paso, tuvo clara conciencia de que "todo pasa" y de que es necesario, en virtud de esa condición transitoria, amparar y acoger a los que vienen.

Si pudiéramos dissociar su persona de su obra literaria, diríamos que, en Marta Brunet, ésa fue la virtud más excelsa: la fraternidad con que acogía a los nuevos, a los recién llegados a un arte en que ella era maestra, para impulsarlos y señalarlos ante el público. Su dedicación por los escritores nuevos no tenía límites y jamás el temor a perder un prestigio, ya muy ganado y suyo, enturbió la constante labor de destacarlos.

Así pasó por la vida, con su "misterio meridiano", con su "secreto luminoso". Ahora que no está, sólo nos queda colocar sobre su tumba la rosa de nuestra admiración.